

LA PAZ DE LA GUERRA

POR

FERNANDO DE DIEGO DE LA ROSA



LA PAZ DE LA GUERRA

I

Parece que estamos dentro de un nicho. El silencio pesa como algo corpóreo. La obscuridad se encuentra a un paso de nosotros mismos; otras veces es menos atrevida, más condescendiente; permite que vislumbremos nuestras botas, las siluetas difusas de los compañeros próximos, el arbolillo cercano como una densa humareda fosilizada.

Esta noche, no. Esta noche parece que se ha vuelto ciego el mundo. ¡Si brillara una estrella tan sólo!

Más que la obscuridad, el silencio. El silencio de la noche es algo innominado. El del día es solemne, simplemente; contemplamos el nervioso tremor de las hojas en los árboles y con la imaginación oímos el susurro del viento. Con la imaginación oímos la cantinela del río lejano o el piar de una bandada de pájaros. Pero de noche, anegados en sombras, no es dable valerse de estos artificios; no hay ningún punto de referencia, no hay nada en qué apoyarse; el alma se intimida, desfallece. Está todo demasiado vacío.

Cuesta trabajo hablar. Y cuando alguno decimos algo, lo hacemos cuchicheando, como si temiéramos romper con nuestras voces, alguna cosa muy tenue, muy quebradiza que se encontrara cerca de nosotros.

—Debian de verse las estrellas— dice Menárguez con voz fuerte.

Es asombroso que Menárguez hable de esta forma. De todos nosotros es el de menos sensibilidad emotiva y sin embargo, la aspereza de la noche acaba por dominarle. ¡Y con qué ingenuidad se rebela contra este desasosiego indefinible, al elevar la voz, como queriendo expulsar el silencio, las nubes, las sombras..... todo esto que nos rodea, intangible, huidizo, indeterminado....!

—The most wonderful and the strongest things in the world, you know, are just the things no one can see —farfulla Dobato—. —Es un pensamiento de Charles Kingsley— aclara. Parece que quiere continuar más piensa, seguramente, que está solo, que no le escucha nadie. Titubea y calla.

La noche se eterniza. Como sino existiera siquiera el tiempo.

—¿Qué hora es?— pregunto.

Junto a mí se mueve la esfera luminosa de un reloj de pulsera como una mariposa incandescente, ebria.

—Las nueve y media.

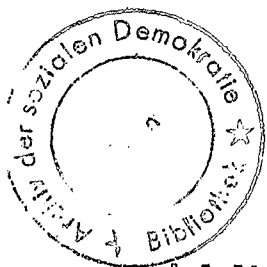
Nos asombramos de que sea tan temprano y tan tarde.

—Vámonos— exclama Menárguez.

Ha expresado el deseo de todos nosotros. Sí, vámonos. Es inaguantable soportar todo el peso de una noche como ésta.

Al dar los primeros pasos me doy cuenta de que llevo botas de soldado. Vuelvo a ocupar mi puesto en el mundo; lo he abandonado inconscientemente por algún tiempo y al retornar a él, lo hago con alegría, como si me hubiera liberado de una pesadilla.

Junto a mí marchan tres camaradas. Se llaman José María Dobato, Francisco



LA NOVELA DE "VÉRTICE"

SEPTIEMBRE DE 1938

B78 182

Menárguez y Eduardo Langarica. Me siento ligado a ellos por una afinidad de ideas, por una coincidencia de gustos, por la gran interrogante de un destino común.

Avanzamos casi a tientas. Uno se hace la ilusión de que las tinieblas se han concretado y estabilizado bajo nuestros pies. Al fin, se rompe todo el hermetismo de la noche. Tíllan, tímidas, las luces del pueblo, escasas y dispersas. Parece que alguien las ha lanzado a voleo y han quedado pendientes, colgando cerca del suelo. Las notas de un acordeón son cada vez más fuertes y más insistentes, ensuciadas de risas, de ladridos, atormentadas por una chicharra que ahora, de pronto, se ha puesto a cantar.

II

Hace cuatro días que fuimos relevados. Durante tres meses montamos la guardia en el parapeto, día por día, hora por hora, minuto por minuto, encerrados en un mundo dantesco, circundados de montecillos pelados como en un mar petrificado en la tempestad. El sol canicular asociado en nuestras mentes con la incontenible exultación de la Naturaleza— iluminaba con su luz violenta y áspera un panorama de hurafía inenarrable.

En estos tres meses, la agonía enervante del parapeto sólo se alteró durante una alborada solemne, cuando aún Venus estaba sobre el cielo. El enemigo llenó de estruendos y estampidos el amanecer. Parecía que el mundo daba a luz el sol y se quejaba por los dolores del parto. La metralla mordía en el tomillo y se perfumaba con él. Brotaban en los lugares más insospechados géiseres de polvo, humo y hierro. Toda nuestra línea era víctima de fuego enemigo, una tormenta sin nubes y sin viento que el eco hacía más amplia solemnizándola, despojándola de su crispación en los montes lejanos.

Así fué durante una hora. Y cuando el adversario nos juzgó machacados por los terribles mazazos de sus 15,5, saltó de sus trincheras pugnando por acercarse a nuestras posiciones, agazapándose en los embudos de las granadas, para zafarse de las andanadas de nuestras ametralladoras.

Las veleidades bélicas del enemigo quedaron sangrientamente tronchadas y cuando el sol, asustado, curioseaba tímidamente detrás del horizonte, las alambradas, como una gigantesca telaraña, aprisionaban los cuerpos torturados de los caídos.

En otro sector del frente el cañoneo continuaba incansable, subrayado por las ráfagas de ametralladora que Langarica, el inveterado rebuscador de imágenes, calificara de «escalofríos de la guerra».

Se evacuaron nuestros muertos y heridos y nos hundimos de lleno en los días llenos de vacío, observando cómo la Naturaleza se corregía a sí misma. El horizonte —aquellos cerros eternamente torcidos— eran lo único que permanecía inmutable. Y también nuestros pensamientos, que habían adquirido la persistencia y la consistencia de verdaderas obsesiones.

La más constante, la más tenaz, la obsesión de la mujer. Todos, excepto Dobato, teníamos nuestra correspondiente madrina de guerra. Eran antiguas amigas nuestras, compañeras de estudios, con las que cambiáramos saludos y palabras amables en el Instituto.

—Sed nuestras madrinas— dijimos muchos meses antes, al empuñar el fusil. No tratábamos de persuadirlas movidos por impulsos sentimentales; se lo propusimos por vanidad, para describir quiméricas acciones guerreras en que seríamos protagonistas. Por ser como los demás soldados y voluntarios. Ellas aceptaron, encantadas de la idea. La vanidad fué, asimismo, el principal motor de su consentimiento y al separarnos, lo hicimos con la convicción de que íbamos a representar una farsa. Pero nada se perdía con ello.

El tiempo nos distanciaba arteramente de la mujer. Después de meses y meses de nuestros últimos instantes vividos entre ellas, nuestros conceptos, nuestras actitudes psicológicas para con el sexo contrario se diluían y se esfumaban. Insensiblemente la mujer adquiría contornos de irrealidad, algo mítico y lejano que los días y las horas agigantaban hasta el paroxismo.

¿Era, pues, absurdo que los lazos que nos unían con nuestras madrinas —representantes de un mundo que no volveríamos quizá a gozar— se estrecharan más y más?

La despreocupación de que alardeáramos en las cartas primeras tornábase, poco a poco, angustia de hombres sanos llenos de plétora.

Entonces me dí cuenta de que Elena tenía unos bellos ojos y una sonrisa agradable. Le pregunté si quería ser mi novia. Y con refinada feminidad me respondió con una carta llena de rivalidades que me hizo sufrir lo indecible hasta las últimas letras de su firma: Elena Buenacasa. Pero abajo escribió una postdata:



«Antes de que te marcharas me veía inclinada a tí por un impulso espontáneo. Tus cartas han reforzado esta disposición y, ahora que me confiesas tu amor, no veo ningún motivo para ocultarte los verdaderos sentimientos de mi alma.»

Creí volverme loco de alegría. Para expresarle mi reconocimiento le envié una carta llena de lugares comunes, de interrogaciones y puntos suspensivos. Imaginé vivir una novela romántica y en realidad la viví aquellos días.

III

«El Bodegón» es un híbrido de casino, bar, cafetín, cantina y taberna. Aunque colocaran como bombilla uno de los focos nocturnos que cosquillean en la noche en busca de la ágil presa del avión enemigo, es dudoso que lograra romper esta atmósfera gelatinosa. Se siente la impresión de que uno sufre de miopía aguda ante las figuras borrosas, casi podríamos decir fantasmales, que se insinúan cobardemente en esta neblina que es toda humo de cigarros.

Las notas del acordeón, llenas de un encanto nostálgico en la profundidad

de la noche, se aplebeyan aquí en este ambiente. Se deshacen, ramplonas, ahogadas en una indiferencia general.

—Parece esto un canto de la «Divina Comedia» —dice Langarica en la puerta.

El símil no es desdichado del todo. Los movimientos dislocados de los hombres, sus gestos, la endiablada vocinglería que brota de todos los rincones, parecen remedos de un círculo dantesco.

—Una persona comprobará indefectiblemente esta similitud —responde Dobato—. El dueño del «Bodegón», ese expendedor de agua sucia. Démosle gracias a Dios, de todas formas, ya que el veneno es más caro.

Yo no tengo por qué quejarme. Todo me parece bien esta noche. La porquería que nos sirven, el local, la atmósfera.... Pienso que, conseguido al fin el permiso, podré ver a Elena mañana, y pasado mañana, y al otro día, y al otro.... Cuatro días junto a ella. Cuatro días de borrachera sentimental.

¿Es posible que mañana me encuentre en la retaguardia, lejos de todo esto que ahora me rodea? ¿Será verdad que mañana estaré en las alamedas del Parque, llevando a Elena del brazo, aspirando el aroma de las flores que ahora sin duda, se hallan en plena eclosión?

Cada imagen engendra otras más luminosas y suaves, y como resumen de todas ellas, tres palabras infinitamente emotivas danzan sin cesar en mi mente:

—Mañana me voy, mañana me voy, mañana me voy....

Hago abstracción del mundo exterior y me refugio en mis propios pensamientos. Y son las palabras de Dobato las que disipan mi nirvana imaginativo.

Hace mucho tiempo que está perorando, seguro. Discute con Langarica y éste presenta un aspecto de persona convencida: juega distraídamente con su vaso y tiene la mirada perdida en una botella mientras escucha, atento, la dialéctica persuasiva del otro. Y todos sabemos que para que Langarica consienta al fin con los argumentos de alguno, cuando consiente, es necesario haber perdido un tiempo respetable.

—Reconozco en mí una naturaleza hipersensible —dice Dobato— más no por eso me creo más feliz. Lo que consterna o admira a la masa de los humanos es para mí, en la mayoría de los casos, un motivo de ironía o algo indigno de atención. Y, sin embargo, otras preocupaciones, otros «por qué» me intranquilizan. He traspasado el horizonte de dudas, de terrores y supersticiones de hombre vulgar, pero otro horizonte, más amplio aunque horizonte al fin, me aprisiona con todas sus angustias interrogantes. No, Langarica, La cultura, contra lo que tú afirmas, no hace al hombre feliz ni tan siquiera le ayuda a serlo. Mata muchas preocupaciones y prejuicios, pero plantea nuevas incógnitas, nos empuja a otros laberintos.

Es paradójico. Dobato, el más culto de nosotros, clama contra la cultura. Sus palabras, para los que le conocemos, no suenan a hueca pedantería. Recuerdo cómo abandonó los libros de texto en lo mejor de la carrera, rechazando «la cultura reglamentaria» como él llama a los planes de estudio. Es un alma dinámica, vagarosa, ávida de sensaciones siempre renovadas. Cuando nosotros vinimos del frente hacía mucho tiempo que Dobato montaba la guardia frente al enemigo.

—Odiaba aquellos tiempos porque eran forjadores de un futuro anodino nos dijo. —La sola idea de que me hundiría en una oficina o en un pueblo para el resto de mi vida, me horrorizaba. Quiero aspirar la vida a pleno pulmón. Sentir la impresión primera de todas las cosas y renovarlas a la primera sensación de tedio.

Este es Dobato. Con el cerebro siempre lleno de problemas metafísicos. Ocupado en acallar el hambre insaciable de su espíritu supercrítico e hipertrofiado.

—Yo creo —continúa Dobato— que una felicidad relativa no la alcanzamos con la cultura que es una cuestión de mera percepción individual. Conocemos el caso de muchas personas situadas en un mismo nivel cultural y sin embargo, las unas perciben un mundo alegre y divertido, al contrario que las otras. Empacha de cultura a uno de esos pesimistas netos. Schopenhauer y Hartmann serán los autores que mejor conserve en su biblioteca. Habrá ascendido varios escalones, es cierto, pero no es menos indudable que se encontrará sobre la misma escalera ideológica.

Hay una pausa. Un soldado que se encuentra en pie, detrás de Menárguez, escuchando la conversación, se encarga de romperla. Con una expresión de disgusto da media vuelta y murmura mientras se aleja:

—No me explico cómo no sois alféreces, la verdad....

Estos torneos filosóficos en los que tanto me gusta intervenir son hoy, para mí, de una importancia relativa. Todo me parece despreciable, las lucubraciones de Dobato, incluso ante las tres palabras llenas de cadencia: me voy mañana, mañana me voy, me voy mañana....

Menárguez se encara conmigo.

—Muchachos, Enrique nos abandona mañana por Elena, se despiojará concienzudamente y se embutirá en una camisa nueva de un uniforme color azul. En fin, hará todos esos absurdos inexplicables que nos exige la retaguardia. Comprendo que tengamos aquí a Enrique silencioso y al parecer preocupado. En realidad, una visita a la retaguardia está llena de asechanzas. No sabe uno cómo pisar sobre el adoquinado. El tráfico te hace recordar con nostalgia la paz bucólica de las trincheras. Estás molesto entre aquella gente tan fabulosamente exquisita, hasta tal grado, que te abochorna la sola idea de sentarte en el suelo o de pegarle un tiro con la pistola a uno de esos encantadores perros lúlus que parecen exclusivamente creados para transportar un cascabel de un sitio a otro. «Después vas al cine» y ese último piojo que nunca acaba de desaparecer, te llena de oprobio ante el grave señor calvo sentado a tu izquierda. Lo ves aún más inquieto que tú hasta que, indignado, acaba por marcharse creyendo que tus extraños movimientos obedecen a que tienes a la novia sentada a tu derecha. Y no es eso lo peor, después de todo. Si bajas del tren y ves una mujer, que aunque sea vieja te parece una visión céleste, te lanzas a la realidad inmediata y olvidas el futuro distante. Y entonces lo sientes por tu novia. Al fin del permiso vuelve uno neurasténico y hasta que encuentras el perdido equilibrio, gastas más cargadores que de costumbre.

Salpicamos de risas esta visión humorística de la retaguardia. Menárguez tiene un fino sentido del humor que ninguno lo achacamos a las libaciones por muy frecuentes que sean.

«En el «Bodegón» no se emborracha nadie. Lo que aquí se bebe limpia el estómago y alarga la vida. La única desventaja de este antro es que puede uno tropezar con la atmósfera y contusionarse en la cabeza, pero eso se evita llevando el casco» —escribió una vez Menárguez a su madrina. Y era la pura verdad.

En el fondo, Menárguez me envidia, como los demás. Anduvo remoloneando conmigo para conseguir un permiso pero no se lo concedieron porque hacía algunos meses que lo gozó con los otros dos. A mí me lo denegaron entonces por un leve acto involuntario de indisciplina. Ahora me alegro, porque el incentivo de ver a Elena, que aquellos días no existía apenas, hace mil veces más atractiva la perspectiva de estos cuatro días que me esperan.

El íntimo contentamiento que me embarga es ahora general. Todos reímos y nos esforzamos en ser ingeniosos. Los camaradas se asocian a mi alegría con toda su alma. En esta euforia creo que también serían capaces de acompañarme en mis horas tristes.

IV

He ido de la estación a casa y en el trayecto he recordado la despreocupada crítica de Menárguez. En ella bulle un fondo de verdad. La ciudad se me muestra desconocida, hostil y huraña. Me encuentro como un ciego al que han apartado de su camino diario para imponerle una ruta desconocida. ¡Qué rara sensación de extrañeza! Parece como si todo lo contemplara por vez primera, como si todo hubiera brotado del fondo de la tierra. ¿Es posible que un año de ausencia —aun en mis especiales circunstancias— borre tan cumplidamente de la memoria el escenario de mi vida anterior?

Y estas caras duras, extrañas, indiferentes que se cruzan con uno acentúan el carácter hostil de la urbe, habituado como estoy a mi gran círculo de camaradas, a sus palabras, a sus saludos y a sus bromas. Solo los rostros de las muchachas atenúan esta impresión de desengaño inesperado. Son merecedoras de las ingentes pirámides de frases del romanticismo literario y me sonrío como un tonto al pensar que antes de marcharme al frente no tropecé con ninguna que reuniera todas las condiciones que exigía mi ideal de la belleza.

En casa me abrazan, me estrujan. Me encuentran más alto y más fuerte.

—Está hecho todo un hombre— dice mi madre.

El padre me golpea en la espalda con orgullo mientras el hermano pequeño refunfuña y protesta:

—No sé por qué no me has traído balas.... Estabas viendo que te las pedía en todas las cartas....

Me baño, me mudo, me afeito y desaparezco como un meteoro. Pienso en la sorpresa de Elena. No le participé mi llegada y ella me cree todavía en la Sierra a una cincuentena de kilómetros. Sé todo lo que tengo que hacer, ella me lo explicó en una carta: tengo que silbar dos largos y un corto. Ella está siempre a esta hora en el balcón abierto, cosiendo o leyendo.

Todo sucede como estaba previsto. Veo a Elena en el balcón, de espaldas, y a veces, cuando mira a la calle, puedo contemplar su perfil. Desecho la emoción que me embarga y silbo, me parece que un poco débilmente. Sin embargo, me ha oído. Ceja, de repente, en su labor y permanece un instante perpleja, con las



manos en el aire, como petrificada. Después se revuelve ágil, ligera, titubea al verme, hasta que me reconoce. Hay una exhalación blanca en el balcón.

—Antes de que yo dé dos pasos ya está ella en la puerta— pienso, asombrado y satisfecho al mismo tiempo de tanta impetuosidad.

Es una ingenua sospecha porque hace ya un cuarto de hora que espero en vano. Me causa una impresión desagradable el pensar que puede más su coquetería que el deseo de verme. Quiero alejar esta idea porque me conozco. Soy un temperamento excesivamente sensible y si una idea agradable es en mí, madre de un rosario de otras sinónimas, un fenómeno idéntico me ocurre con las ideas derrotistas.

Pretendo disciplinarme, ausentarme de mí mismo contemplando el incesante corretear sin objeto de un perro y después los gestos misteriosos de dos viejas que cuchichean en medio de la calle como si estuvieran planeando un crimen.

—No tienen ni idea de las correlaciones del gesto —pienso.— Es grotesco que estén tratando del precio de la carne o de la dentición del nieto.

El contraste me divierte pero retorno a mi primer estado de ánimo, al decirme: —Esta euforia es conveniente para cuando Elena baje.....

Arriba, hacia el segundo piso, se oye el porrazo de una puerta que se cie-

rra y un taconeo nervioso que se aproxima rápido. Es Elena. En la semi-obscuridad del fondo del portal, resalta su silueta grácil como una blanca visión.

Me aproximo a ella, inquieto, víctima de una emoción que me abochorna no saber dominar. Ella, al contrario, tiene un pleno dominio sobre sí misma. Sonríe con naturalidad, como si fuera ayer el último día que me vió. Sus ojos me miran con amabilidad pero no distingo en ellos ese fulgor pasional con el que yo soñara durante tantos días.

¡Qué tremendo desencanto! Allá, en la trinchera me deleitaba con mis propios pensamientos. Insistía en estos instantes que ahora vivo y la veía, dominada por una emoción tremenda, cómo se precipitaba en mis brazos, cómo me hablaba con vehemencia con los ojos humedecidos de felicidad.

—Elena —digo— ¿recuerdas lo que te escribía en una de mis últimas cartas? «El beso que te dé el día de nuestro encuentro va a derretir tu casa hasta los mismos cimientos. ¿Lo aceptarás, Elena?» «Sí, aun a riesgo de morir incendiados» respondiste.

Noto que mi voz es extrañamente fría, indecisa [pero, es tan brutal el choque de la realidad con la ilusión!

Elena se ríe.

—No he cambiado de opinión— responde.

Me aproximo más a ella, animado de una ligera esperanza. Aún se puede arreglar todo. Es indudable que ella me quiere, pero a su manera.

La abrazo. La traigo hacia mí. Observo un momentáneo sobresalto en sus ojos, mientras se zafa de mis brazos.

—¡Estate quieto, Enrique! No nos vaya a ver el lechero de casa.

¡Al diablo el lechero y todo el mundo! Aquí viene el hombre, un viejo, encorvado no sé si por los años o por el peso de las cántaras de leche. Siento contra él una antipatía invencible y me enfurezco —es una rabia sorda— porque no puedo demostrársela ni con una mirada de desprecio.

—Vámonos —dice Elena—. Después vendrán los chicos de la escuela, el cartero, el novio de esa cursi del tercero..... ¡y no vas a tener ocasión de derretir la casa! —agrega con una risa procax que me acongoja.

—¿Y si nos fuéramos al cine? —insinúa tímidamente— figúrate, va a hacer un año que no he visto una película.....

Titubea un momento.

—No. Dejémoslo para mañana, si te es igual..... ¡Ah! se me olvidó preguntarte. ¿Para cuantos días tienes permiso?

—Para cuatro.....

—No es mucho ¿verdad...? Bueno. Iremos mañana al cine. He visto todas las películas y a tí, igual te da ir hoy que otro día ¿no? Mira, cogeremos el tranvía y en un momento nos plantamos en el Parque. A estas horas está aquello formidable; mucha gente que sube a pasear entre las flores, oficiales y todo. Algunas tardes voy con mis amigas y estamos allí hasta la puesta del sol. Se pasa estupendamente, ya verás.

¿Habla en serio o trata de mortificarme? ¿Cómo devora la realidad a la ilusión! Elena ha visto todas las películas y algunas tardes «lo pasa estupendamente en el Parque, donde hay oficiales y todo.» ¡Y me la imaginaba suspirando por recibir una carta mía, de la misma manera que yo me intranquilizaba cuando transcurría una semana sin recibir noticias suyas! ¡Y me la imaginaba preocupada por mi suerte, inquieta ante el Azar que jugara conmigo una partida emocionante!

Camino junto a ella como un autómatas. Tanto desencanto sufrido en menos de una hora, me aplana.

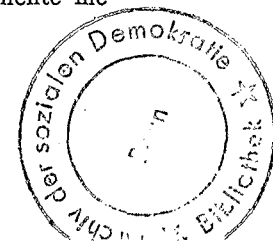
—Bueno..... iremos al Parque..... donde tu quieras, Elena.....

V

El sol se encarama ya a los últimos pisos de las casas y reverbera —fúlgido manchón sanguinolento— en los cristales de las ventanas altas. Una sucia calina flota pesadamente en la atmósfera estival, produciendo una rara sensación de ahogo. Las calles están atestadas de gente. El gigantesco colmenco de miles de pies se eleva del suelo y se pierde en la neblina cálida que cada vez es más inminente y más paradójicamente luminosa.

¡Qué desligado está todo esto de mi vida actual! La ciudad no guarda ya para mí ninguna evocación emocional y la contemplo ahora con indiferencia, como la proyección cinematográfica de una urbe lejana. Recapacito sobre la vuelta al hogar —si vuelvo— concluída la guerra; va a ser doloroso el proceso de asimilación a este medio ambiente del que tan fácil e insensiblemente me desprendiera.

La voz de Elena detiene la danza de mis pensamientos.



—¡Qué cambiado vuelves! —clama con un dejo de reproche—. Antes no eras así y las cartas que me escribías tampoco hacían suponer ese cambio de carácter. Antes no se aburría nadie a tu lado— agrega con malevolencia.

Quisiera decirle que ella también ha cambiado, pero eso no es verdad. Ella es como antes, como siempre la he conocido, superficial y vana. Su vida se desliza en un mundo frívolo sin haber franqueado jamás sus fronteras. Si me quiere, me quiere frívolamente, a su estilo, desprovista de la salvaje aspereza, de la rotundidad que la guerra presta a nuestras pasiones. Disculpo su anterior manera de proceder, porque no obedece, seguramente, a una falta de afecto, sino a la influencia de ese ambiente frívolo.

Al mismo tiempo que me invaden estas reflexiones me enseño una amarga tristeza. Elena y yo somos inconciliables; nos separa una barrera temperamental, un antitetismo absoluto. Probablemente, cuando yo me amolde a mi viejo patrón, que es el de ella, lograremos entendernos. Pero ahora es imposible, completamente imposible.

—La guerra nos hace ver cosas que no veíamos desde aquí o nos las presenta, no sé si deformadas o tal cual son, en realidad. Tú eres igual que antes, Elena y sin embargo te veo bajo una forma distinta. No sé si me explico bien....

Tuerce la boca en un mohín enfurruñado.

—No me has dicho en toda la tarde una palabra amable. Si todos vuelven como tú, estamos listo, hijo. Supongo que no te han dado permiso para explicar Filosofía en la retaguardia....

—¿Es cierto que me quieres, Elena? —pregunto— esa displicencia no es propia de un corazón enamorado....

Me miran sus ojos con asombro.

—¿Cómo lo puedes dudar? Pero es necesario que seas como eras antes de marcharte, como eras en tus cartas, desprovisto de esa seriedad doctoral. Ten en cuenta que veo diariamente a cinco profesores. Y no quiero que me influencias hasta el extremo de aficionarme a Kant y aborrecer a Clark Gable.

La escucho y me esfuerzo en responder en el mismo ligero tono, pero no puedo. Resaltan con demasiada vividez, están demasiado próximas las acciones guerreras que nos imponen un concepto grave, profundo, serio, de la vida. Revive en mi mente aquel instante en que Langarica recoge el cuerpo de un camarada herido, a la luz mortecina del atardecer, y retrocede con él, acompañado del fuego enemigo que lo respeta como a un Dios. Ante semejantes hechos, todo eso que bulle y grita a mi alrededor, con sus ideas cretinas, con sus pasioncillas de pobres diablos, con sus pensamientos a ras de tierra, carece en absoluto de sentido para mí. Es imposible que la conversación de Elena me interese y ella, por su parte, no me puede comprender.

De buena gana la abandonaría aquí, en la parada del tranvía. El resto de la tarde no puede ser otra cosa que una decepción continua, tanto para ella como para mí.

En este momento, un grupo bullicioso —tres muchachas y dos muchachos— se dirigen hacia nosotros. Me son todos desconocidos. Siento un desprecio instintivo contra ambos jóvenes. El sastre ha hecho milagros para disimular sus cuerpos larguiruchos y encanijados bajo unas chaquetas de rellenos inverosímiles; el pelo, cuidado con monomanía enfermiza, adaptado completamente a la cabeza, como pegado con sindeticón, brilla cual un par de botas recién lustradas.

Saludan con un entusiasmo estúpido, inapropiado, en una profusión de manotazos, ya desde lejos, como si trataran de alejar una mosca imaginaria.

—¡Bon soir!— dice uno de ellos a Elena mientras me mira de soslayo.

Elena experimenta un indudable alivio. Acaso espera que entre todos podrán arrojar de mí este extraño lastre, esta indefección moral que he contraído en las trincheras.

—¡Hallo, boys!— exclama con cómica prosopopeya— os presento a mi novio Enrique, valeroso combatiente de la primera línea. Lo encontraréis un poco rústico pero tened en cuenta que el pobre hace un año que no ha pisado el cine.

Sonríe de mala gana mientras estrecho unas manos largas y pálidas que me oprimen con una efusividad excesiva. A las muchachas les dedico una leve inclinación de cabeza.

Mi afán de mortificar a todas estas amistades de Elena, se hace más y más persistente. Me gustaría vengar en ellos todo lo que Elena me ha hecho sufrir. Quisiera insinuar a este par de cretinos quiénes les han prestado las hombreras o decirles que no dejen de sujetarse la cabeza con fijador porque sería una lástima que se disipara la superabundancia de ideas que hierve, sin duda, dentro de ellas. Envidio ahora, más que nunca, la causticidad agresiva de Menárguez.

El tranvía se detiene junto a nosotros con un cansado rechinar de ruedas.

—¿También vais vosotros al Parque, Esteban?— pregunta Elena.

—Naturalmente. Aquello está ahora verdaderamente magnífico. No se



puede andar por el paseo, con tanta gente de pueblo como nos ha traído la guerra —responde Esteban con ridícula suficiencia.

La nuez le bailotea en el cuello como un ratón frenético por hallar una salida de la trampa. Y cuando dice «magnífico» con entusiasmada energía, la nuez parece que ha conseguido su objeto, porque, misteriosamente, desaparece por un momento.

Durante el camino, el tranvía, lleno de gente, les impone un largo silencio. Mientras tanto pienso que estoy representando un papel desairado. Las reacciones psicológicas a que conduce la guerra, a quienes la vivimos, no se pueden compaginar, de ningún modo, con esa frivolidad estúpida de Elena y sus amigos. Por otra parte, Elena, físicamente me seduce mucho más que antes. Pero ella no se puede enamorar de una estatua ni yo de un bello arlequín.

Una súbita decisión me mueve.

—¿Aún me sigues queriendo, Elena?— le susurro al oído.

—Sí —responde— pero creo que sólo me queda cuerda para una media hora, si continuas así, como un pasmarote.

—Bueno. Figúrate que todo ha sido una pesadilla, el sueño de una noche de

verano. Suponte que no he venido aún, que me encuentre en la Sierra..... tú, dentro de tres días me escribes diciendo que has sufrido un sueño terrible en el que estuviste a punto de perderme. Me voy ahora mismo, en este instante, antes de que me aborrezcas, antes de que tú llegues a serme indiferente. No sé si mi espíritu está sano o es el tuyo el que se encuentra desviado, pero.....

Inconscientemente, mi voz se ha ido exaltando paulatinamente. Soy, al levantar la vista, el centro de una circunferencia de rostros expectantes de una misma expresión uniforme.

—Recuerda que todo ha sido un sueño, Elena..... un sueño.....

Estamos de pie, sobre la plataforma del tranvía. A un gesto mío la masa se comprime y deja paso libre a la salida. Elena me contempla estupefacta, con un sincero asombro.

Doy una salto a tierra, mientras grito:

—¡Un sueño, Elena!

Cuando logro recuperar el equilibrio, el tranvía es un desvío manchurrón amarillento que desaparece al fin en la incierta claridad del atardecer. Doy media vuelta y comienzo a andar lentamente, de regreso, acompañado por el fatigado canto de un grillo.

—Me estoy rompiendo la cabeza en vano —murmuro—. He decidido ya lo que debo hacer. ¿por qué pensar contra mi voluntad en todo esto, estérilmente?

Como otras tantas veces presto una forzada atención a todo lo que me rodea para impedir la machacona obsesión de lo acontecido; es un doloroso trabajo mental porque al poco tiempo resurgen más avasalladoras, más pujantes, las ideas primarias: Elena, ambiente, guerra, retaguardia..... que al fin se mezclan, se complican, engendran una nueva serie de conclusiones que, al poco tiempo, dejan paso a otros puntos de vista, hasta el infinito.

VI

Encuentro a mis camaradas en «El Bodegón» jugándose el dinero con una desprecupación suicida. Al verme, Menárguez interrumpe la distribución de los naipes y me saluda —pronto coreados por los otros— con una regocijada verborrea.

—No te esperábamos hoy. Nos figurábamos que te tomarías otro día de permiso.

Debo de ofrecer un extraordinario aspecto melancólico porque Menárguez de repente se ríe mientras me da dos manotazos en la espalda.

—¡Te contagiaste, amigo! No sé por qué estás enfermo de la neurastenia de la retaguardia.

Me siento junto a ellos. Una suave calma se eleva del fondo de mi corazón. Se acabó ya aquel acuciamiento lancinante del desencanto de cada hora, de cada minuto, de cada cosa y de cada persona. La eterna niebla del «Bodegón» no es tan asfixiante como la atmósfera de la retaguardia y las cosas no pesan aquí sobre mi espíritu.

—No parece que te hayas divertido mucho —dice Langarica— ¿Has reñido con Elena?

Les explico como mejor puedo mi encuentro con Elena, la rara pátina de anti-pática novedad que presenta la urbe. Cómo, los dos días posteriores viví artificialmente merced al sencillo, pero eficaz artilugio del alcohol.

Dobato reflexiona y esboza una sonrisa.

—No es raro lo que te ha sucedido —dice—. Al venir al frente éramos como una masa maleable y nos adaptamos sin esfuerzo al molde de la guerra. Insensiblemente nos hemos endurecido, hemos adquirido la consistencia del pedernal y cuando se nos ha querido amoldar bruscamente a los viejos patrones, ha sido imposible. Tenemos muchas cosas arraigadas con firmeza, desarrolladas con el soplo de algo definitivo: la Muerte. Nos hemos forjado una especie de nueva ética somos un poco superhombres situados sobre un plano superior al de la vida corriente, al de la vida de paz. Es indiscutible que cuando la guerra concluya, se esfumará esta visión deformada —porque la causa es una anomalía— que tenemos del mundo. Es necesario esperar.

—Sí, eso es lo que yo pienso también —afirmo, sencillamente.

—¿Qué opinas de todo esto, Clerencia? —pregunta Menárguez a un cabo que desde hace un rato se ha detenido a escucharnos.

—Creo que estáis los cuatro un poco mal de la cabeza —responde—. A mí no me ocurren esas cosas raras de que habláis y, desde luego, cuando voy con una muchacha no me aburro como el «primo» ése, ni mucho menos.

—Claro que no. La vida sería una monotonía desesperante si todos gozáramos de un idéntico grado emocional.

—Naturalmente, —apoya Menárguez— con la idiosincrasia de las personas

ocurre igual que con sus fisonomías: que no hay dos absolutamente iguales. Y entre paréntesis, Clerencia, y ahora que hablamos de fisonomías: a pesar de tu hermosa nariz eres un individuo chato, aunque te parezca mentira.

El cabo recela, pero no capta la ironía que le ha disparado Menárguez.

—Mira, a mí háblame claro. Y no me sobes la nariz —dice con un ligero acento amenazador.

—Tampoco es necesario que todos comprendamos y sintamos las mismas cosas. Alguien tiene que cavar las viñas y tirar del arado.

Nos reímos y entonces, el cabo comprende al fin que Menárguez se mofa de él. Ofrece un aspecto lamentable de ira impotente, con los labios apretados como si tuviera una rana dentro de la boca y no la quisiera dejar huir. Los impulsos hostiles que le animan se manifiestan en sus puños cerrados mientras sus ojos despiden una reconcentrada indignación.

—Y ten en cuenta que cada vez me pareces más chato.

Estallamos en risas otra vez y el cabo opta por desaparecer mascullando blasfemias.

No sé de qué bolsillos han vuelto a aparecer los naipes sobre la mesa.

—¿Estás en disposición de jugar, Enrique? —me pregunta Langarica.— Hay que jugarse hasta el último céntimo. Se rumorea que el relevo va a ser mucho más corto de lo que nos figurábamos y por ahí se corre la voz de que comenzaremos muy pronto la ofensiva. Hay que prepararse a bien morir —añade cómicamente—. Escucha.

De la calle llega amortiguado, un rápido traqueteo mezclado con un sordo resoplar de motores.

—Se está acumulando una cantidad fantástica de material. Nos va a caer la suerte de hacer algo definitivo, por lo que se ve —dice Donato, ausente de sus palabras, atento sólo a los naipes.

VII

Los rumores sobre una ofensiva nuestra se confirmaron bien pronto. La aviación enemiga, inquieta, realizó constantes vuelos de observación a lo largo del frente y el pueblo donde transcurriera nuestro corto relevo, como tantos otros próximos a la línea de fuego, soportó varios bombardeos y el cañoneo de la artillería pesada.

Dos días después de mi llegada, recibimos la orden de marcha. Se nos comunicó que abandonaríamos nuestros viejos parapetos. Nuestros transportes militares nos trasladaron en endiablados viajes nocturnos, cuyo destino final éranos en absoluto desconocido a través de una tierra yerma, estéril, como la que habíamos abandonado. Divisiones enteras nos precedían sobre esta misma ruta y miles y miles de hombres nos seguían en un éxodo callado y astuto.

Nos destinaron a una posición semejante a la que habíamos guarnecido durante tantos meses por la similitud del paisaje y del ambiente. Si no fuera por la carencia de ese aire de íntima familiaridad que las cosas inanimadas adquieren después de una prolongada permanencia junto a ellas, hubiéramos asegurado que todo el mareante viaje de los días anteriores había sido un estúpido circuito y que habíamos retornado a nuestro punto de partida.

Con los primeros destellos del sol nos sorprendió el apocalíptico tronar de cientos de cañones. Sobre las posiciones enemigas se extendía una humareda densa, reacia a disiparse, como tratando de ocultar todo el horror que se desarrollaba en sus entrañas. Media hora después nuestros trimotores se unieron con el trepidar de sus máquinas a la salvaje sinfonía de la artillería, acentuando la demolición de fortificaciones, la taumatúrgica destrucción de cuerpos y espíritus.

¡La obra no estaba aún acabada! La aviación de caza, oculta en las nubes desmadejadas que salpicaban el cielo, se lanzó a tierra como una bandada de halcones hambrientos. El fuego de las ametralladoras buscaba los últimos rincones de las trincheras demolidas, concluyendo con nerviosa minuciosidad la acción de los aparatos de gran bombardeo y de los cañones de grueso calibre.

El enemigo no daba señales de vida, al menos por este sector. Ni un cañonazo disparó contra nuestras líneas, ni un aeroplano se atrevió a burlar la terrible expectación de nuestros antiaéreos.

En este instante se nos da la orden de avance. A mi lado se hallan Menárguez, Dobato y Langarica.

Estamos perfectamente tranquilos. En otras ocasiones —rectificación de líneas, escaramuzas por la posesión de algún punto estratégico— coronamos los objetivos sin sufrir un rasguño, envueltos en una invisible granizada de balas, lanzados a pecho descubierto contra un enemigo fuertemente parapetado y poco afectado por el fuego artillero, casi nulo.



—No valía la pena de que perdiérais este viaje de placer— dice Menárguez mientras prepara una bomba de mano con la desgana de quien cree hacer algo completamente inútil.

—Sin embargo es magnífico para tí, que lo ganaste —contesta Langarica.

—Esperaba la respuesta. La próxima vez te permitiré hacer trampas.

Corremos hacia lo que fueron fortificaciones y posiciones enemigas.

—¡Enrique! —me llama Menárguez unos pasos detrás— parece como si estuviéramos en la guerra ¿verdad?

Son extraños, en efecto, estos ataques sin enemigo a quien combatir, sin que nadie nos hostilice. Es un poco desconcertante constatar que nadie cae, que todos avanzamos y avanzamos.

No se oye un tiro. Sólo, muy lejos, las explosiones consecutivas de unas bombas de aviación.

Treinta metros nos separan, aproximadamente, de nuestro objetivo. Pisamos trozos de alambre espinoso, como serpientes inverosímiles que los proyectiles de cañón hicieron volar en todas direcciones.

—¡Enrique! — me llama Menárguez de nuevo— cuando escribas a Elena le...

Bruscamente el frenético «tac-tac-tac» de varias ametralladoras puebla el aire de silbidos. Y antes de que pueda arrojarme al suelo siento un dolor lancinante en el brazo izquierdo; una fracción de segundo después otra bala me muerde no sé dónde, porque la tierra es ya una cosa inestable que gira y se bambolea en una locura de colores que parecen lagrimear. ¡Aun estoy consciente a pesar de todo! Veo cómo Menárguez gira sobre sus talones y cae... como caigo yo... en un abismo sin fin, negro, eterno...

VIII

He perdido la noción del tiempo. La enfermera de turno me ha dicho que hace ya un mes que ocupó la cama y no sé por qué me parece que bromea. En realidad, yo mismo no podría calcular nunca el tiempo exacto; unas veces creo que hace dos días que me evacuaron del frente y otras —todo aparece tan borroso en mi imaginación— me afirmo en la idea de que hace por lo menos un año que me encuentro en este hospital.

Unos días antes se me dijo que estaba curado y fuera de peligro. El segundo balazo me interesó un pulmón; es el que me tiene postrado y al que deberé, por lo menos, tres meses de convalecencia, según me participó el médico.

Hoy he vuelto a insistir sobre la suerte de Menárguez. Indiscutiblemente estoy curado, porque la enfermera me dice:

—Sabrás que entró contigo en este mismo hospital; es justo que sepas todo...

¡Ingenua enfermera! No es necesario que hables una palabra más. Menárguez ha muerto... Su desgraciado fin me deja extrañamente indiferente. ¿cómo es posible? Me indigno contra mí mismo, contra esa monstruosa carencia de sensibilidad que me domina. Recuerdo aquella otra vez, hace ya varios años, la terrible impresión que recibí cuando se me notificó la muerte de un amigo con quien no me ligaban tantos estrechos vínculos. Y ahora nada. Es la primera vez que siento repulsión contra mí mismo.

—¡Qué crueles y qué duros nos hace la vida!— murmuro.

La enfermera me mira con asombro. Piensa, sin duda, en lo extraño de mi oración fúnebre.

Los días transcurrieron apaciblemente. Aprendo a andar por el jardín del hospital como en los primeros años de mi existencia. Recuperó poco a poco la vitalidad perdida. ¡Vivo! Esta palabra lo resume todo. El peligroso forcejeo con la muerte me hace amar más intensamente la vida, todas las manifestaciones de la vida. ¡Qué hermoso el sol, el aire suave que vienen a dormir con un desmayo entre las flores, la carta de los padres, el penoso corretear de las hormigas entre la hierba, la imagen de Elena, la conversación con las enfermeras!

El sentimiento egoísta de que estoy vivo borra todo lo demás. El mundo es alegre y divertido y bella y agradable la vida.

El áspero criticismo del espíritu, hipertrofiado por la guerra, adquiere sus proporciones normales; me frivolizo bajo la presión del nuevo ambiente en que vegeto. No se trata ahora de un momentáneo contacto con gentes que, la ausencia prolongada y la influencia excepcional del clima psíquico de la vida militar, nos presentaran despreciables con sus pasiones incomprensibles y sus entusiasmos incongruentes. Estoy un día y otro junto a ellas. Insensiblemente, las pequeñas novedades del hospital, las cuitas de los compañeros enfermos, las críticas solapadas de las enfermeras me interesan más y más. El trascendentalismo de la guerra se aleja y deja paso a un concepto normal de la existencia y por lo tanto, vulgar.

El proceso de asimilación que yo esperaba se realiza, se está verificando tal y como Dobato lo vaticinara también.

¡Ay, viejos amigos, qué lejos estáis ahora de mí! Su última carta, en la que me describían un rasgo heroico de nuestro alférez, en el que encontró la muerte, me causó menos impresión que la pérdida del hermoso gato blanco del hospital.

Sí, es indudable. La vida, para mí, ha descendido a su nivel corriente.

Me encuentro lo bastante fuerte para continuar la convalecencia en casa. Así me lo advierte el médico. Puedo andar ya sin fatigarme apenas.

Dos días después me despido del hospital, establecido en una callada capital provinciana, y parto en el tren, bajo una lluvia torrencial que no logra entibiar la disposición optimista de mi espíritu. Charlo y bromeo con mi acompañante. En un transbordo me uno a un coro vociferante de soldados que cantan melodías populares de la guerra.

Volvemos al frente —me dice— se nos ha terminado el permiso.

—Recuerdo otros permisos que me dieron a mí —digo con una sonrisa— iba como vosotros, pero sin cantar.

—A ver, que diga cómo vamos — inquiriere otro, aparentemente molesto.

—Un poco... un poco «húmedos...» ¿no?

—Bueno —concede— con este tiempo —y señala los cristales en los que tamborilean las gotas de lluvia— no podía pasar otra cosa.

Del fondo del vagón surge una desaforada discusión que se generaliza con una vehemencia digna de más serio motivo.

—Os digo que la luz de una linterna alcanza más, cuando el haz va a favor del aire ¿no comprendéis que el viento lo alarga?

Alguien le opone un argumento irrefutable.

—No seas idiota. Igual de clara ves una cosa cuando al viento es favorable que cuando no lo es. Y con las linternas pasa lo mismo ¡me parece a mí!

Los soldados se han dividido en dos grupos rivales que apoyan con sus argumentos a sus respectivos corifeos. Pero no hay nada más inconsciente que un borracho; un momento después están enzarzados en una discusión sobre la penetración visual de los animales. El de la linterna cuenta la historia inverosímil de un águila que era, sin duda, mucho más inteligente que él.

Me adormezco pensando en Elena. No guardo de ella ninguna visión deformada como sucedía antes.

El trato diario con las enfermeras del hospital evitó la exaltación de la mujer hasta lo irreal. Contemplo a Elena bajo un prisma normal, tal y como es ella. Ya no es un vano y hermoso fantasma que entreviera. No sueño con románticas efusividades amorosas ni en sus ojos apasionados ni en su pecho jadeante de emoción como allá, en la trinchera. Ahora sólo la evoco tal cual es: cínica de un adorable cinismo y con la versatilidad de quien vive una existencia fácil y cómoda.

—Ahora sé a quién voy a tratar.... —pienso y me sonrío con una leve sonrisa llena de inmenso júbilo, porque la materia y el espíritu renacen a la vida.

Llego a mi destino durante un lívido amanecer que se prolonga en lucha con las nubes que encapotan el cielo. Por la tarde, después de un reposo absoluto, me reuno con Elena en el lugar convenido. Llega como una oleada de luz morena, según diría Langarica.

—No sabes cuánto me he acordado de tí —me dice.

—¡Ya lo creol Más de una noche no habrás podido dormir ¿verdad?

—Es cierto, Enrique. Ha hecho un verano muy caluroso y muchas noches no he podido conciliar el sueño.

—Y en esos instantes te acordabas de mí ¿no?

—No lo creas. Suspiraba por alguien mucho más fresco que tú, por el mes de Diciembre.

¡Cómo ríe mi corazón! ¡Y cómo ríe el de ella también!

—Dónde quieres que vayamos, al «cine...» o al Parque? —pregunto.

—¡Hum! —duda— no estoy muy convencida de tu integridad mental cuando viajas en tranvía. Casi prefiero el «cine...»

—No, Elena —protesto— dame una oportunidad. Te dije aquel día que estaba enfermo y quiero demostrarte ahora que estoy completamente curado.

—Sólo convaleciente —corrige con una risa.

Lo acepto como un rasgo de ingenio. Bien sabes que me refiero al espíritu.

Elena estalla en risas.

—Ya lo sé, hombre. Pero no es necesario que hagamos un recorrido en tranvía para convencerme de que desapareció tu enfermedad. Basta observar que cuando te hablo respondes como yo quiero que me respondas, en vez de mirar estúpidamente al adoquinado, con el ansia de un hombre que quiere contar en una sola tarde todos los adoquines de la ciudad.

—Iremos al «cine» entonces, ¿no?

—Sí. Po hoy, sí. Hasta que vuelvas al frente hay tiempo para todo.

En sus ojos brilla una luz prometedor.

—Hay algo que me angustia mucho más que la vuelta al frente. Los permisos que me pueden dar... Temo que podría enfermar otra vez.

—Vamos, no pienses en eso. Se nos va a hacer tarde.

—«Derretiremos» el cine, Elena? Con un solo beso es suficiente, te lo prometo.

—¡Qué horror! No quisiera causar la muerte a los espectadores. Así que ni un solo beso, Enrique.

Sin embargo sus ojos dicen otra cosa. Y son sus ojos los que hablan más sinceramente.

Fernando DE DIEGO DE LA ROSA

Zaragoza, julio de 1938.